

Xavier Zubiri, un camino hacia Dios

ALFREDO TAMAYO AYESTARÁN

I. Un problema que recorre la historia del pensamiento

Quiero decir en primer lugar que el problema de Dios es el problema que recorre la historia del pensamiento desde sus albores en el Oriente (China, India, Mesopotamia) pasando por la Filosofía griega y medieval hasta llegar a las épocas moderna y contemporánea. Las mejores cabezas pensantes no han dejado nunca de lado este problema, si bien sus caminos y soluciones no siempre naturalmente coincidan. Cito a Buda, Platón, Aristóteles, Séneca, Epicuro, Tomás de Aquino, Maimónides, Averroes, Descartes, Spinoza, Leibniz, Kant, Hegel, Feuerbach, Kierkegaard, Nietzsche, Bergson, Schelling, Heidegger, Scheler, Unamuno, etc., todos han hecho de Dios en un sentido o en otro tema de meditación. Por otra parte, todo pensador creyente ha buscado su particular camino de acceso a lo divino, es decir, razones que legitimen su creencia. Este es el caso de Xavier Zubiri.

II. Una obsesión de Xavier Zubiri

Entre los pensadores contemporáneos destaca Xavier Zubiri por su ocupación de por vida con nuestro tema. Su pensar sobre lo divino no es agónico como en Miguel de Unamuno sino más bien una meditación profunda y sosegada que no da cabida a la angustia. Una meditación a la altura de su alta calidad filosófica. Dotado, dice Alain Guy de “una inmensa cultura científica, teológica y filosófica... fue un pensador de primerísimo rango cuya aportación merece ser comparada con la de los maestros actuales de la filosofía mundial”¹.

(1) Alain Guy, “Historia de la Filosofía española”, Barcelona 1985, p. 417.

Xavier Zubiri dedicó, pues, al problema de Dios una atención preferencial a lo largo de toda su vida². Es preciso añadir además que su importante trilogía en torno a la que llama la “inteligencia sentiente” en la cual trabajó largos años la consideró en el fondo algo al servicio de la gran cuestión de su vida, la cuestión de Dios. Quiso, a fuer de creyente ilustrado que era, dar razón de un modo personal de su creencia. Hay que decir que su camino filosófico hacia Dios no resulta en ocasiones fácil de comprender. Voy a tratar de exponerlo con el mayor rigor posible apoyándome en autores reconocidos por su saber y dedicación a la obra de Zubiri. Son entre otros Ignacio Ellacuría³, Diego Gracia, Antonio Pintor Ramos y Andrés Torres Queiruga.

III. El camino de Xavier Zubiri hacia Dios

La actitud filosófica de Xavier Zubiri ante el problema de Dios bien puede calificarse de posmoderna, alejada de aquel racionalismo que tiene sin duda su origen en Aristóteles, atraviesa la Edad Media y culmina en la modernidad en autores señeros como Descartes y Leibniz. Para Xavier Zubiri el aristotelismo, el tomismo y la modernidad filosófica en lo que a la llamada teología racional atañe son en su conjunto un enorme conceptismo. En consecuencia da un rotundo *no* a las pruebas clásicas de la existencia de Dios que se denominan “las cinco vías”. Las califica de especulativas, logicistas y con-

(2) Estos son los principales escritos de Xavier Zubiri sobre nuestro asunto:

“En torno al problema de Dios”, en “Naturaleza, hombre, Dios”, Madrid 1963, sexta edición. Aparecido por vez primera en “Revista de Occidente” (1935).

“Introducción al problema de Dios”, también en “Naturaleza, hombre, Dios”, Madrid 1963.

“El Hombre y Dios”, Madrid 1984.

“El problema teologal del hombre, (Homenaje a Karl Rahner, incluido en “El Hombre y Dios”, pp. 369-383.

“El problema filosófico de la Historia de las religiones”, Madrid 1993.

(3) Ignacio Ellacuría, en “El Hombre y Dios”, Presentación.

Diego Gracia, “Dios en la filosofía de Zubiri”, Estudios eclesiásticos, 1981.

Antonio Pintor Ramos, “La filosofía de Zubiri y su género literario, Madrid 1995.

J.C. Rivera, “Heidegger y Zubiri”, Santiago de Chile, 2001.

A. Torres Queiruga, “Inteligencia y Fe”: el conocimiento de Dios en la filosofía de Zubiri”, Estudios eclesiásticos, 1989.

ceptistas. Piensa Xavier Zubiri que sitúan de entrada mal el problema porque suponen que la solución al problema de la existencia de Dios consiste en última instancia en construir un raciocinio dotado de un lógica aplastante. Critica después su punto de partida. No debe ser el Cosmos sino el ser humano. Tampoco está de acuerdo con la conclusión a la que llegan, a saber, al denominado por Aristóteles “Motor inmóvil”, a la Causa incausada, al Ser Necesario, al Ser absolutamente Perfecto, al Ser Ordenador y Armonizador supremo. En una de aquellas famosas conferencias que pronunciaba en la sala del Banco Urquijo de Madrid se permitió la siguiente ironía: “¿A alguno de Uds. se le ha ocurrido alguna vez invocar al Motor inmóvil?”

En aquel ambiente intelectualmente cerrado de la España franquista donde imperaba como pensamiento filosófico único la escolástica, esta postura zubiriana escandalizó y proporcionó disgustos a Xavier Zubiri. Se le acusó de irracionalismo y fideísmo. Uno de sus amigos el profesor y jesuita José Hellín trató de disculparle ante los inquisidores del pensamiento afirmando que el camino zubiriano hacia Dios no era otro en el fondo sino la tercera vía aristotélico-tomista. Es decir, el llegar al Ser necesario a partir de la contingencia del ser humano.

Viniendo ya a la exposición del camino concreto elegido por Xavier Zubiri para llegar a lo divino confieso que no resulta demasiado fácil el hacerlo. Pienso que ayuda a comprenderlo el acudir al pensamiento de Martín Heidegger con el cual mantuvo un largo contacto en Friburgo de Alemania. Expresiones heideggerianas como “el ser humano es aquél que está en la iluminación del ser” o “el hombre está lanzado a la iluminación del ser” tuvieron acogida en la obra de Xavier Zubiri. Sólo que pone *Dios* allí donde el filósofo alemán pone *ser*⁴. También coincide con Heidegger en la convicción de que la llamada “muerte de Dios en la filosofía” posibilita un auténtico pensar sobre lo divino. San Agustín es también otra buena ayuda para comprender la vía zubiriana. La fórmula agustiniana de un Dios que “me es más íntimo que mi propia intimidad”⁵, de un “God in” y no “out” que diría Robinson, ayuda a comprender a Zubiri. Tienen un aroma marcadamente agustiniano estas expresiones de nuestro pensador sobre un Dios que se anticipa a nuestra búsqueda: “Tú no me habrías buscado si yo no te hubiera encontrado”⁶ y “Tú

(4) Véase “El Hombre y Dios”, p. 344.

(5) Confesiones, III, 6.

(6) “El Hombre y Dios”, p. 196.

no te me entregarías si yo no te hubiera atraído hacia mí”⁷. Zubiri dedicó largos años a estructurar una epistemología de puño propio centrada en la que denominó “inteligencia sentiente”. Su meditación la desplegó en tres gruesos volúmenes⁸. Este arduo trabajo del pensamiento lo ideó sin duda, tal como lo dije, a modo de presupuesto e instrumental filosófico para su especial camino hacia Dios. Xavier Zubiri piensa que los sentidos en el ser humano son algo más que meros sentidos y que la inteligencia es algo más que puro discurso y razón. Los sentidos son también inteligentes y la inteligencia es a la vez sentiente. Por ejemplo, vemos y a la vez entendemos la armonía a la vista de un cristal de roca o a la escucha de la Quinta Sinfonía de Gustav Mahler. Nuestro pensador tiene marcada preferencia por el sentido del oído. Es más grave, piensa, quedarse sordo que ciego. El ciego desarrolla potencialidades ocultas, en cambio el sordo va replegándose sobre sí mismo y haciéndose desconfiado. Si la vista nos representa un objeto, el oído más bien nos remite a él. Zubiri nos habla de “la voz de la conciencia” no con significado moral sino cognitivo. De nuestras profundidades brota una voz, un “clamor mentis intimae” que nos remite a nuestro fundamento último, al Dios realidad fundamentante. Si llegas a contactar con tu intimidad, nos dice, sentirás que tú eres problema de Dios. El problema de Dios no es uno de la mera curiosidad sino que radica en nuestra realidad humana en su constitutivo problematismo⁹. Nuestro pensador insiste hasta la saciedad en nuestra *religación* a la realidad que si la pensamos hasta el final desemboca en el problema de Aquel que es fundamento de toda realidad.

De esta voz de la conciencia o clamor de las profundidades de la mente que remitiría en última instancia a una realidad absolutamente absoluta deducirá nuestro filósofo una hermosa definición del fenómeno religioso. Éste no sería otra cosa que “la plasmación histórica de la inserción de la realidad humana en la realidad de Dios”. Por eso la “y” de “El hombre y Dios” no sería una conjunción meramente copulativa sino también inclusiva o implicativa. No Dios por un lado y por el otro el hombre sino el hombre en Dios. Dios no incluye al hombre (eso sería panteísmo), pero el hombre sí incluye a Dios.

(7) *Ibid.* p. 197.

(8) “la inteligencia sentiente”, Madrid 1981.

“Inteligencia y logos”, Madrid 1982.

“Inteligencia y razón”, Madrid 1983.

(9) “El Hombre y Dios”, p. 344.

Prosiguiendo en la meditación sobre el hombre como existencia religada a Dios como a su fundamento, Xavier Zubiri distingue entre un acceso “incoado” del hombre a Dios y un acceso “pleno” a la realidad divina en que el hombre escucha implicativamente esa que llama “voz de la conciencia”. Este acceso en plenitud se despliega en tres momentos concretos. El primero es el de “acatamiento” o aceptación de Dios como fundamento último de mi propia realidad. El segundo es el de la “oración” o súplica a Dios como a supremo posibilitante. El tercero es el de “refugio” o entrega a Dios como fundamento impelente. Estos momentos del acceso en plenitud a la realidad divina se dirigen, conforme a lo ya explicado, no a algo fuera de mí mismo sino a quien “está ya personalmente en nosotros”, a “mi propio fondo trascendente”, a lo más radicalmente mío.

IV. La vida al margen de Dios

Con el paso del tiempo Xavier Zubiri fue tomando más en serio la actitud del no creyente y trató de darle un puesto en su filosofía. Pintor Ramos llega a decir que no conoce teísmo filosófico que haya tomado tan en serio el fenómeno de la no creencia. Esta actitud zubiriana tiene su base en aquella afirmación tan reiterada de que el problema de Dios es algo que concierne tanto al creyente como al no creyente. Ambos están llamados a dar razón de su actitud.

Nuestro filósofo comienza por la forma de no creencia que solemos llamar “agnosticismo”. El agnóstico trata de instalarse en la ignorancia de la realidad de Dios. “No sé si Dios existe”, dice. No se trata —observa Xavier Zubiri— de mera carencia de un saber sino ignorancia de algo muy preciso. El agnóstico sabe en alguna forma qué es lo que ignora y se siente frustrado en su búsqueda intelectual, en contraposición, por ejemplo, con el hombre de la cueva de Altamira del cual no se puede decir propiamente que ignorara las llamadas ecuaciones diferenciales puesto que carecía de cualquier referencia a ellas. Ni siquiera hubiera sabido de qué le estaban hablando.

Del agnosticismo pasa Zubiri a lo que denomina “despreocupación” por el problema de Dios. Aquí se trata sencillamente de desentenderse del asunto. Ni siquiera se hace cuestión de si sabe o no si Dios existe o no existe y de qué pudiera ser si existiera. Es decir, suspende sobre el particular cualquier proceso inquisitivo intelectual. Ocuparse del problema de Dios sería para él ociosidad y pérdida de tiempo.

Al fenómeno del “ateísmo” le dedica Xavier Zubiri mayor espacio. Lo ve como una forma muy especial de la increencia. Para el ateo la existencia no plantearía problema ninguno. Ella es lo que es y nada más. La vida descansa en sí misma. El ateísmo no sería algo en contra de la realidad de Dios, no sería algo en contra de nada y contra nadie. No es propiamente agnosticismo, tampoco despreocupación sino una apuesta por la vida en sí y por sí. Sería absurdo para el ateo hablar de *voluntad de fundamentación*, de *religación* existencial a lo absoluto. Sin embargo, observa Zubiri, también para el ateo la vida sería tan problemática de hecho como para el creyente. Incluso y tal vez sin advertirlo da una respuesta al problema de Dios por el camino de la facticidad... del hecho puro y duro. Y es una opción auténtica la de existir sin referencia ninguna a algo último. Es autosuficiencia el querer vivir el yo como algo absoluto, el entregarse a sí mismo como verdad y referencia última. A esto se le puede llamar con verdad la “fe del ateo”.

Xavier Zubiri resume de esta otra forma la dualidad teísmo-ateísmo. Por de pronto la realidad a la que estamos religados y que nos posee nos lanza hacia un fundamento que es “enigma”. Esto constituiría una experiencia común a los humanos. El ateo interpretaría esa experiencia haciéndola recaer sobre aquello que tiene el ser humano de absoluto, de “suidad”, de pertenecerse a sí mismo y no a otro. El teísta sin querer negar esa condición del hombre de ser en alguna forma absoluto considera que es tan sólo “relativamente” absoluto, es decir, también contingente y finito, y se lanza hacia la realidad absolutamente absoluta que es solamente Dios y se entrega a ella en acatamiento, súplica y refugio.

V. Encontrar a Dios en la plenitud

La búsqueda de Dios ha dividido a los pensadores teístas, incluso a aquellos que se elevaban a Dios a partir del ser humano. Predominó en un tiempo la indagación sobre Dios partiendo de nuestras limitaciones existenciales: la insatisfacción, el acoso por la angustia, la enfermedad y la muerte. Desde ahí se buscaba el salto hacia Dios como plenitud del ser humano, como liberador del acoso que sufre. Así, por ejemplo, entre otros, Blondel, Kierkegaard, Unamuno.

El teólogo evangélico mártir del nacional-socialismo Dietrich Bonhoeffer se ha hecho famoso por una serie de tesis teológicas entre otras por la insistencia en que la búsqueda de Dios ha de tener lugar desde la *plenitud* del ser humano. Han dejado huella en la teología aquellas palabras suyas escritas en la prisión: “Yo no quiero hablar de Dios en los límites sino en el centro, no en

los momentos de debilidad sino en la fuerza, esto es, no a la hora de la muerte sino en la vida plena y en los mejores momentos del hombre”¹⁰.

Xavier Zubiri sigue el camino del pastor Bonhoeffer. Ignoro si conoció sus tesis. He aquí sus palabras:

“El hombre no encuentra a Dios primariamente en la dialéctica de las necesidades y de las indigencias. El hombre encuentra a Dios precisamente en la plenitud de su ser y de su vida. Lo demás es tener un triste concepto de Dios. Es cierto: todos los hombres somos víctimas de inelegancias, que apelamos a Dios cuando truena. Sí, de esto no está exento nadie. Pero no es la forma primaria de cómo el hombre va a Dios y está efectivamente en Dios. No va por la vía de la indigencia sino de la plenitud, de la plenitud del ser, en la plenitud de su vida y de su muerte. Va a Dios y debe ir a Dios en lo que es más plenario, en la plenitud misma de la vida, a saber en hacerse persona. En el ser personal, en el ser relativamente absoluto de la persona es donde encuentra a Dios dándose al hombre en la experiencia suya. Esta donación de Dios es justamente la realidad de la persona. Y esta experiencia humana de lo absoluto es experiencia de esta donación de Dios”¹¹

VI. Conclusión

He tratado de exponer brevemente el camino hacia Dios excogitado por nuestro filósofo donostiarra, el mayor sin duda que ha producido nuestro país. He querido apoyarme en sus propias palabras y en los comentarios que le han dedicado algunos de los mejores conocedores de su obra. La búsqueda de Dios filosóficamente estuvo siempre en el centro de sus preocupaciones intelectuales. Como creyente ilustrado trató de dar razón de su fe buscando un camino personal hacia lo divino. Es consciente de que se trataba nada más que de *un* camino propio, “no el camino por el que una persona llega a Dios. Esos caminos son infinitos”¹². Pensaba que ciertamente su camino era concluyente, pero sin duda sujeto a discusión. Ignacio Ellacuría, amigo y discípulo suyo, nos da fe de la gran modestia científica de nuestro pensador. Pintor Ramos, aun siguiéndole en lo sustancial, piensa que el camino zubiriano no fue elaborado en su totalidad, por ejemplo, en lo que se refiere a la identificación de Dios

(10) Dietrich Bonhoeffer, “Resistencia y sumisión”, Esplugues de Ll., 1969, p. 163.

(11) “El Hombre y Dios”, p. 344.

(12) “El Hombre y Dios”, p. 266.

con la ultimidad de lo real. Pero subraya al igual que Ellacuría la gran honestidad del maestro cuando admite que también la del ateo es una respuesta razonable impulsada por una voluntad de verdad”¹³.

Si se me permite una modesta aportación personal diría que no estuvo lejos de la verdad el jesuita Hellín cuando interpretó el camino zubiriano hacia Dios como otra forma de entender el argumento aristotélico-tomista-leibniziano de la contingencia, si bien no habría que olvidar nunca que Xavier Zubiri quiere alejarse decididamente del carácter demostrativo vinculado a las cinco vías para insistir en lo mostrativo, en lo experiencial, en “la voz de la conciencia”.

(13) “El Hombre y Dios”, p. 275.